

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8185

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECION DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico. Las letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que desite, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Cauvarrin, 6. Mr. J. Jones. Faubourg Montmartre, 31. y en Londres. Fleet Street, Mr. C. 166.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Lunes 18 de Febrero de 1889

**CURA** inmediatamente todo **BISMUTO** disenterias, **VIVAS PEREZ** Vómitos (de los niños y de las embarazadas) **Catarras y úlceras de estómago** **DEPOSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS**

## CANTARES

Para bistelis Inglaterra  
Y para esencias el moro,  
Para chocolate, EL BARCO  
Que gana medallas de oro.  
Si hablas de thés y calés  
Mira no metas la pata  
que los que elabora EL BARCO  
Tienen medalla de plata.

Los calés empaquetados y tes de la gran  
fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido  
la única medalla de plata en la Exposición  
Universal de Barcelona, y los chocolates  
la única medalla de oro.

Representante para las ventas al por mayor  
en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez  
Risueño, 3, Oridad, Cartagena.

## ROMPECABEZAS COLON

De venta en la tienda «La Estrella de Oro»,  
Cuatro Santos, 25 y 27.

A 15 céntimos.

**La China**  
CENTRO DE NOVEDADES  
Viñas y Sánchez  
Marina Española, 49, Cartagena

Al contado cinco por ciento  
de bonificación en las compras que  
excedan de 25 pesetas

Lanas inglesas para caballero  
CONFECCIONES  
Terciopelos ENCAJES

## LA SEMANA ANTERIOR

¡Caracoles, caracoles!... Estamos mejor  
que queremos. Cada semana que sale á es-  
cena, nos da un motivo de alarma.

Primero el *destripador*, luego los robos,  
ahora la *fiera*. Si esto sigue así, no sé á  
dónde iremos á parar.

En los últimos días de la semana ante-  
rior los temas de todas las conversaciones  
se han reducido á uno solo. La presentación  
de la *fiera*, en el vecino caserío de los Moli-  
nos.

Y verdaderamente la cosa merece la pena.  
¿Quién, de los que vivimos dentro de  
murallas, no nos alegraríamos á salir al  
campo?

¿Y quién de los que en él residen, sal-  
drán de sus casas? Nadie.

Mi vecina Dolores, es una señora de más  
de setenta años. Efecto de ellos, ó de no  
haberle cortado el *fronillo* en sus infantiles  
tiempos, es lo cierto que generalmente to-  
da frase que sale de su boca, no la cono-  
cería ni el inventor de la lengua castellana.

D. Dolores averiguó lo de la *fiera*, y  
desde entonces hasta el instante en que es-

cribo estas líneas, apenas si ha dejado de  
hablar del asunto.

Ayer tarde, me contaba el hecho por  
séptima vez con detalles curiosísimos, y  
después añadió con tono sentencioso: «Yo  
sé quien ha hecho ese destrozo en los puer-  
cos.»

—¿Que usted sabe?

—Si señor; una mujer.

—¿Pero que está usted diciendo?

—Lo que usted oye. ¿No escuchamos á  
cada paso de una individuo que reúne cer-  
tas cualidades, *esa mujer, es una fiera?*

—Sí...

—Pues esa fiera es una mujer. No me  
cabe duda.

No quise discutir con mi vecina porque  
de entendimiento no está muy allá como  
ustedes han podido hacerse cargo, pero  
puedo asegurarles que la *lógica* de D. Do-  
lores no la olvidaré fácilmente.

Lo cierto es, volviendo al asunto pri-  
mordial, que nadie sabe qué animal es el  
aficionado á la carne de cerdo.

Algunos aseguran que la *fiera* no existe  
y que debe fijarse un *bando* que tranquilice  
al vecindario.

Otros que si se procede así se obrará  
rematadamente mal, y que sería cuestión de  
un *contra-bando*... en fin, cada cual dice su  
cosa, pero ni el tigre, ni el lobo, ni la pan-  
tera, ni el oso, sea lo que fuere, quiere dar  
se á conocer.

Y mientras tanto nosotros ~~estamos~~  
ocupándonos del caso.

Los aficionados al desarrollo físico están  
de enhorabuena.

En la plaza del Rey se está acabando de  
montar un gimnasio que reunirá notables  
condiciones, según he tenido ocasión de  
apreciar.

Un simpático joven de esta ciudad, inte-  
ligente como pocos en el asunto, figura al  
frente del futuro establecimiento que como  
ustedes deben imaginarse, producirá bue-  
nísimo efectos en la juventud.

Supongo, pues, que toda la de Cartage-  
na acudirá á tan beneficioso centro.

Por lo menos, asistiendo á él, aprenderá  
á *hacer planchas* con todas las reglas del  
arte.

—¿Sabes que se ha constituido en la  
semana anterior una Sociedad anónima en  
esta ciudad?

—No: no había llegado á mi noticia. ¿Y  
quienes la componen?

—Señoras y señoritas.

—¿Qué tratan de explotar?

—Nada.

—Me extraña. ¿A qué, pues, se dedica?

—A acertar charadas.

—No me parece mal pensamiento. Es el  
mejor medio de pasar distraída la noche.  
¿Y cómo se llama la sociedad?

—Equis.

—¿Y se ha averiguado?...

—Eso me falta precisamente. He averi-  
guado donde celebra las *reuniones*, pero  
no paso de allí.

—¿De dónde?

—Del sitio en que se reúnen.

—¿Y cuál es?

—Escuchas al cido, porque no quiero que  
se enteren...

—¡Ah! Pues voy á la Inspección de se-  
renos.

—¿Para qué?

Toma, para que me den más noticias, si  
ellos están enterados, que si deben estar,  
toda vez que son *aves nocturnas* que co-  
nocen á todos los *vecinos* de... la pobla-  
ción.

La semana teatral ha dado bien poco  
de sí.

La compañía Povedano que debió rea-  
nudar sus tareas el viernes, no lo hace  
hasta hoy, de modo que no teniendo más  
asuntos de que tratar doy por terminada  
esta reseña.

J.

## Variedades.

Solución á la charada inserta en el número  
anterior:

Con la gran Troya potente  
hizo E. A. su charada,  
y cuando estuvo pensada  
la descifré diligente.  
Mas como todo lo allano  
y me gusta la victoria,  
quisiera tener la gloria  
que tuvo el pueblo TROYANO.

Por la sociedad X

P. R.

## Charadas

En plena prima te vi  
y tanto me interesaste,  
que nunca *todo* pensaste  
lo que he sentido por tí.  
Tú *dos* tercera y verás  
como yo en nada te engaño,  
deja que transcurra un año,  
y si me escuchas, ya oirás.

En las islas Filipinas  
por primera está sufriendo  
un joven enamorado  
que es militar y es apuesto.  
Lo mismo piensa en primera  
que en el todo, según creo,  
y por una *dos* que anhela  
llegar un día á este puerto.  
Al verse aquí, de seguro,  
que la *tercia* repitiendo  
dejará caer sin duda  
de alegría y de contento.  
Solo *dos* sílabas faltan  
que encontrará, por supuesto,  
la Sociedad de la X,  
y si como las agrego  
á las tres que llevo dichas,  
las agrega, es muy cierto  
que el todo de esta charada  
ha de sacar al momento.

II.

Las soluciones en el número próximo.

## LAS PROPINAS

Hay costumbres que se imponen y se arraigan  
en la sociedad, con más fuerza aún que  
cualquiera ley escrita ó sin escribir.

En más ó menos grado, todos tenemos en  
nuestro espíritu ideas de rebeldía y de inde-  
pendencia que constantemente nos incitan á  
enfilar el compás de las leyes, por la  
sola y sencilla razón de que éstas tienen fuer-  
za de obligar. En cambio las costumbres, que  
no obligan á nadie y que son muchas veces

refrarias al buen sentido y ridículas en  
grado superlativo, nos encadenan y tirani-  
zan.

La costumbre de *dar propina*, desconocida  
en absoluto de nuestros antepasados, es muy  
reciente, y ha llegado á vulgarizarse desde  
que todos hemos convenido, sin ponernos de  
acuerdo, en que es un delito de lesa tacañe-  
ría el no darla.

Además, siendo todos ricos por nuestra  
casa ó por otra casa cualquiera, no puede  
sernos muy sensible este alarde de generosi-  
dad y desprendimiento.

La propina está en razón directa con la  
importancia de la persona, según la lógi-  
ca contundente y abrumadora de los mo-  
zos de café, manechos de barbería, y además  
individuos que el inolvidable *Figaro* classifica-  
ra entre los hombres sólidos.

Los calés que han venido á sustituir á los  
funeros mentideros del siglo XVII son esta-  
blecimientos de primera necesidad en nues-  
tros días, especialmente para las personas  
del sexo feo, que se dedican á la ingrata y  
absurda tarea de *matar el tiempo*. Son cen-  
tros de murmuración y chismografía, donde  
la calumnia se condensa y donde caen por  
tierra las más sólidas reputaciones; pasatiem-  
po de los ricos sin ocupación, de los bobos  
impenitentes y de los desesperados que  
no saben como vivir. Lugar de aborreci-  
mientos para las madres de familia y para  
las esposas abandonadas, porque en él se  
relajan los vínculos de la familia y se gasta  
alegremente el jornal de la semana ó la paga  
del mes, que muchas veces se sobra por  
adelantado. Sitio donde se charra de todo,  
donde todo se comenta y se analiza, etc.;  
porque no nos hemos propuesto escribir un  
artículo sobre el *Café moderno*, el cual, por  
los adelantos de nuestro siglo y por la meta-  
morfosis de las costumbres, no puede com-  
pararse en modo alguno con aquel otro *Café*  
descrito por Moratin en una de las más bri-  
llantes joyas de nuestra literatura dramática.

Pero las digresiones, hijas muchas veces  
del más refinado cálculo, son el gran recurso  
para emborronar cuartillas. ¿No parece que  
más franqueza no es posible?

Bastarán algunas ligeras observaciones pa-  
ra comprender la notable influencia de la  
propina en la humanidad serviente.

Tanto concurrente diario á cualquier *café*  
habrá observado, que la amabilidad y ser-  
vicial solicitud de los camareros está en corres-  
pondencia íntima con la importancia de la  
propina.

Un parroquiano que tiene el mal gusto de  
no transigir con la costumbre establecida, ex-  
traña en el *café*, y aunque el mozo se encuentre  
á dos pasos de distancia, necesita estropearse  
las manos haciendo palmas para que el cama-  
rero se aperciba.

—¿Qué va á ser?—pregunta el mozo.

El parroquiano que lleva seis ó siete meses  
de frecuentar la misma mesa y que toma *café*  
inevitablemente, responde con acritud:—Pe-  
ro hombre, ¿no sabe usted que yo no tomo  
más que *café*...

Después de quince minutos de espera, le  
sirven el *café frío*, y en el vaso ó taza más  
deteriorado que hay en el establecimiento.

Nuestro hombre, que no quiere tomar *café*  
*frío* sin haberlo pedido, se le bebe de un  
*trazo*, en vez de hacerle á *cordadillos* como  
tiene por costumbre. Si está abonado á leer  
algun periódico, entonces ocurre la siguiente  
escena:

Dá dos ó tres palmadas, marcando el com-  
pás como los *jaleadores flamencos*, y acude  
el mozo en la creencia de que lo llaman para  
pagarle.

—Tráigame *El Imparcial*.